

El Ministerio de Ciencia y Tecnología, balance de una legislatura en política científica (o en su ausencia)

Malen Ruiz de Elvira

El Ministerio de Ciencia y Tecnología va a cumplir cuatro años coincidiendo con el fin de legislatura. El balance de lo ocurrido en este tiempo, pese a las expectativas que suscitó su creación, no es en absoluto positivo. A los problemas de gestión de su puesta en marcha, los expertos suman descoordinación y, lo que es más grave, una manifiesta indefinición en cuanto a la estructura que debe regir en el sistema y en política científica.

Los cuatro últimos años del Gobierno encabezado por José María Aznar coinciden con los primeros cuatro de existencia del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Su creación, sin embargo, no se ha correspondido con un mayor peso del sector en la política nacional ni con iniciativas relevantes para la necesaria reforma del sistema, a pesar de las esperanzas que el nombre del nuevo Ministerio suscitó entre la comunidad científica y de la retórica interminable sobre la importancia de la ciencia que ha emanado del Gobierno de Aznar.

Al dar mayor relieve político formal a la ciencia sin que se corresponda con una mayor atención real, empezando por los presupuestos, ha quedado más de manifiesto la ya tradicional debilidad del sistema científico español, sin que se pueda recurrir en este caso a recordar la responsabilidad de los gestores socialistas anteriores a la llegada del Partido Popular al Gobierno. Ocho años hubieran sido suficientes para iniciar el fortalecimiento a largo plazo del sistema español de ciencia y tecnología siguiendo el modelo internacional, contando con la voluntad y el conocimiento necesarios. Aun en su au-

sencia por las razones que sean, optar por la «ciencia escaparate» como se hizo desde el principio (recuérdese la fotografía de José María Aznar con Mariano Barba-cid y los sinsabores siguientes), en vez de mantener un perfil bajo puede ser considerado un error político innecesario. Error que, sin embargo, es muy posible que no tenga repercusiones electorales, dado el poco peso de la ciencia en la sociedad española.

► Fracaso en la gestión

Tres son los factores que determinaron lo que los propios responsables gubernamentales de alto nivel reconocen como un fracaso en la política científica, al menos en lo que se refiere a la gestión. Pero, incluso si se deja aparte la gestión, resulta llamativo que los temas de más calado, como la reorganización a fondo del sistema de ciencia y tecnología y la creación de una carrera no funcionarial de investigador apenas se han mencionado en estos cuatro años de existencia del Ministerio. Por otra parte, mientras se avanza tímidamente hacia un espacio común europeo de

investigación, y se resalta continuamente la necesidad de concentrar la investigación de excelencia en pocos centros paneuropeos, España no aparece preparada en absoluto para cambios de este tipo.

El primer factor es que la organización y competencias del nuevo Ministerio no correspondieron en su creación a una ho-



mologación europea del sistema de ciencia y tecnología. Muchos centros de investigación quedaron fuera del organigrama del nuevo Ministerio, por intereses políticos e incluso personales de algunos políticos y científicos, reproduciendo así la situación anterior de descoordinación, que no llegó nunca a reconducirse adecuadamente en la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, creada precisamente con este fin en los años ochenta. Especialmente llamativa es la exclusión de la investigación biomédica a través del Instituto de Salud Carlos III y el Fondo de Investigaciones Sanitarias, pero también es resaltable, por ejemplo, la permanencia de actividades de astronomía en el Ministerio de Fomento.

Dada la experiencia de estos cuatro años, son muchos los expertos en biomedicina que creen que esta área se ha librado, fueran cuales fueran las razones de su no inclusión en el nuevo Ministerio, de una mayor degradación, a la que se hubiera visto abocada en caso contrario.

En todo caso, un segundo factor muy importante es la exclusión de las universidades del nuevo Ministerio, a pesar de que en ellas se realiza la mayor parte de la investigación pública en España. Al permanecer adscritas formalmente al Ministerio de Educación y Cultura, cada vez más desprovisto de competencias, y disfrutar de un alto grado de autonomía, su imbricación en el sistema de ciencia y tecnología se ha visto dificultada por la creación del nuevo ministerio. Por el contrario, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), el mayor organismo público de investigación, ha sufrido en el nuevo Ministerio una merma muy importante de su autonomía, lo que hace insostenible, en opinión de muchos expertos, su situación.

El Partido Popular ya ha anunciado que mantendrá la estructura actual, es decir, que seguirá existiendo el Ministerio de Ciencia y Tecnología, mientras que el Partido Socialista ha abogado por volver a la situación anterior, aunque con cambios.

El tercer factor fundamental ha sido la elección de los responsables del nuevo Ministerio, ninguno de los cuales conta-

ba con el conocimiento adecuado del sector para gestionar uno de los pocos sistemas centralizados que se mantienen en España. Tres ministros y muchos más altos cargos han pasado por el nuevo Ministerio en apenas cuatro años y todos se han empeñado en aplicar fórmulas economicistas, más propias del anterior Ministerio de Industria.

► Empezar de nuevas

Esto en cuanto a la política científica, pero no se puede olvidar que el Ministerio se crea con dos fines principales: dar mayor relieve y ordenar el sector de las telecomunicaciones, en auge, y conectar las empresas españolas con los frutos de la I+D.

Este último objetivo pretendía remediar la tradicional debilidad empresarial en investigación y desarrollo que se traduce en una insuficiente aportación al presupuesto total de I+D, algo que no se ha conseguido. En este esquema, la ciencia «pintaba» poco —el que era ministro de Industria cuando se creó el nuevo departamento (y luego titular del mismo), Josep Piqué, quiso llamarlo Ministerio de Innovación, aunque en aras de la homologación formal europea se optó por el nombre de Ciencia y Tecnología.

La creación se hizo de nuevas, despreciando tanto, en parte, la estructura ya existente en política científica, como era la Secretaría del Plan Nacional de Investigación, como a los gestores de aquella época (que ya habían iniciado peligrosos experimentos con la creación de una Oficina de Ciencia y Tecnología adscrita a Presidencia del Gobierno) y la anterior, y es opinión general que ése fue un error fatal del que todavía el Ministerio no se ha recuperado. Ha dado la impresión de que la ciencia, para los responsables ministeriales, no es la base del sistema de ciencia y tecnología (algo sin lo cual no existen ni la tecnología ni la tan cacareada innovación, como ha recordado recientemente la OCDE), sino un subsector a mantener con los meno-

res fondos posibles mientras todo el peso político se pone en el apoyo a determinados sectores industriales a través de créditos a bajo interés o interés cero.

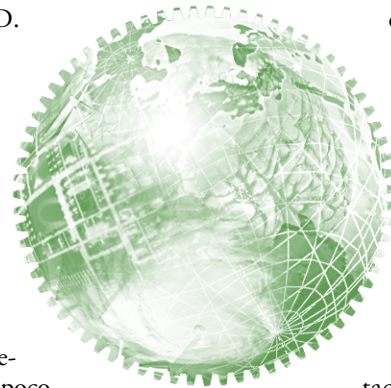
► La I+D militar

Es especialmente interesante a este respecto la evolución en los últimos cuatro años de los créditos a la I+D militar, que ya supone un tercio del dinero total dedicado a la I+D y un porcentaje apenas menor del dinero manejado por el Ministerio. España es, según los últimos datos, el país europeo que más fondos (en porcentaje de los totales) destina a la I+D militar. Estas ayudas son exclusivamente a empresas, cuando en los países más avanzados la I+D militar alcanza prácticamente a todas las áreas científicas. La explicación más lógica es que, en realidad, son fondos para financiar no sólo el desarrollo sino sobre todo la construcción, la adaptación o la adquisición, según los casos, de fragatas, tanques, aviones, helicópteros y hasta submarinos.

Este tipo de fondos era antes gestionado por el Ministerio de Defensa y la explicación ministerial a este cambio es que muchas veces se trata de tecnologías de doble uso que pueden tener interés civil. Un argumento debilitado por el hecho de que ese dinero se contabiliza oficialmente como destinado a I+D, lo que evita una situación todavía más sonrojante de España en las estadísticas europeas (en 2003 se alcanzó raspando el 1 % del PIB, poco más de la mitad de la media europea). Esta situación se vio agravada en el sector de política científica por la incapacidad de gestión que mostró el Ministerio desde su creación, con escandalosos retrasos en la percepción de las subvenciones a proyectos e iniciativas aisladas y personalistas que apenas llegaban a despegar o generaban más problemas de los que resolvían. #

Malen Ruiz de Elvira

PERIODISTA ESPECIALIZADA EN TEMAS CIENTÍFICOS Y TECNOLÓGICOS.
CORRESPONSAL CIENTÍFICA EN *El País*



España es el país europeo que más datos destina a la I+D militar